

todas las ocasiones le hace llegar sus felicitaciones, condolencias o consejos.

Finalmente, en 20 de diciembre de 1584, y en el convento por su piedad fundado, el ángel de la muerte cierra sus ojos casi ya sin vista. Los del Rey vierten lágrimas sinceras por su anciana aya, testigo vivo de sus miserias y humanas y sus grandezas. La única mujer que de cuantas pasaron por su vida compartió todas sus horas gozosas, dolorosas y gloriosas, ya está con Dios junto a sus padres y sus cuatro esposas, sus hijos, sus amigos y sus enemigos, seguramente hablándole de sus virtudes, que tan bien conocía y con tanta perfidia había falseado la Europa enemiga de España.

A lo largo de los catorce años que aún sobrevivió a su aya, el Rey Prudente, amargado de dolencias y pesares —la pérdida de la Armada, la ausencia de Catalina Micaela, la rebeldía de Flandes, la bondadosa inepticia de su único heredero— volvería su imaginación a aquellos días inefables en que doña Leonor de Mascareñas, sentada junto a su cuna, le cantaba con su armonioso «falar» lusitano las viejas cantigas que allá en la Corte lisboeta, en la que ahora también reina, acompañaron la infancia de su madre.

¡Gran destino de amor el de esta doña Leonor fidelísima y discreta, que con tan admirable tacto supo cumplir su magnífico oficio femenino!

